



CENTROAMERICA

Revoluciones sin cambio revolucionario

Edelberto TORRES-RIVAS

En los últimos veinticinco años, en Centroamérica ocurrieron amenazas históricas al *statu quo* que se iniciaron con las luchas guerrilleras en Guatemala y Nicaragua a comienzos de los setenta y se profundizaron con la victoria sandinista en octubre de 1979. Alcanzaron un momento culminante cuando el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) tomó impunemente la ciudad de San Salvador, en diciembre de 1989.

El ciclo revolucionario termina, más que emblemáticamente, con la derrota del Frente Sandinista en las elecciones democráticas de febrero de 1992 y, púlcramente, en la mesa de negociaciones, un mes antes del mismo año, en Chapultepec (el FMLN), y en ciudad de Guatemala (la Unidad Revolucionaria Nacional de Guatemala, URNG), en 1996.

En ambas fechas, la guerrilla se había apropiado ya de la realidad del derrumbe socialista y la futilidad de la estrategia revolucionaria.

Las causas de la desobediencia popular en Guatemala, El Salvador y Nicaragua, ocurrida en este cuarto de siglo, fueron coetáneas en el tiempo, pero no sólo obedecieron a causas distintas, sino

*Somoza huyó de Nicaragua
no por temor a la guerrilla,
sino porque los EEUU
le retiraron el apoyo.*

que tuvieron desarrollos también diversos. Ninguna lectura conspirativa de la historia es útil. Los ejemplos de Centroamérica lo confirman. Las unificó su voluntad antioligárquica, la definición del enemigo común donde aparecieron siempre los intereses norteamericanos y el hartazgo de tanta exclusión social, tanta dictadura militar, tanto rezago económico. Nicaragua hizo el recorrido más completo de esta esperanza, que se frustró.

Lo sincrónico de crisis distintas

Las modalidades como terminaron las amenazas al *establishment* capitalista, experimentadas de manera particularmente aguda en Nicaragua, están plenas de prefiguraciones novedosas; en los otros dos países, la insurgencia obtiene con la paz lo que no pudo con la guerra: comprometer cambios en el sistema político y social en Guatemala y El Salvador. Al aceptar juiciosamente la inutilidad del conflicto, el FMLN y la URNG alteraron su esencia revolucionaria para convertirse en partidos cuya presencia a la izquierda del sistema político legítima el orden neoliberal. Las graves amenazas al *statu quo* terminan reforzándolo en toda la región.

Lo ocurrido en Centroamérica en este cuarto de siglo son acontecimientos de significación histórica en el ámbito de

la América Latina. Ninguno de ellos tiene paralelo con experiencias similares y se proyectan como enormes cambios en la pequeña región centroamericana. Ocurrieron en profundidad, en un escenario calificado por la pobreza de las masas excluidas y humilladas. La caída del sultanato Somoza, la incapacidad manifiesta del ejército salvadoreño alimentado por EEUU para derrotar a la guerrilla en El Salvador, lo prolongado y cruento del conflicto en Guatemala, convertido en etnocidio a partir de 1980, son fenómenos históricos que trascienden nuestras fronteras.

La revolución se consume a sí misma

La crisis nicaragüense empezó a cambiar después del asesinato, el 10 de enero de 1978, del periodista Pedro Joaquín Chamorro, intelectual conservador, director del diario *La Prensa*, de Nicaragua. Somoza II lo mandó matar y su muerte reforzó el frente antisomocista con fuerzas de la burguesía media y de la clase media profesional y precipitó la ofensiva antidictatorial. El 16 de julio, el General se fuga del país de manera intempestiva, abriendo una ancha alameda para la victoria sandinista.

Pero el dictador no se fue por miedo militar, sino por el efecto desmoralizador de la brutal conversación telefónica con el presidente Carter, la noche anterior, en la que con severidad se le aconsejó renunciar. *La dictadura dejaba de tener el apoyo norteamericano.* Ciertamente, el sandinismo ampliaba en ese momento su ofensiva militar, combinando creativamente la revuelta urbana, la huelga general y la guerrilla rural, pero Somoza no se fue por esto sino por la percepción de Washington sobre la magnitud de la crisis.

Hay registros que prueban tanto los efectos históricos de ese telefonazo fatal como las consultas precipitadas con la oposición para negociar con Roberto Urcuyo, nombrado por Somoza presidente interino. Aquel, pobre diablo, pasó a la historia como *Urcuyo el Efi-mero*, pues se quedó 36 horas en el poder al ser desobedecido por la élite militar que, imitando al gran patrón, se dio a la fuga. Se dice que se fueron primero los *Generales de Oro*, diez entorchados que tenían cada uno más de un millón de dólares en su haber. La urgente desmoralización en la Guardia Nacional se explica por su carácter de guardia pretoriana, devoción al jefe, simplemente, lo que facilitó la entrada de los sandinistas en Managua el 19 de julio de 1979.

El Somozato fue algo menos que una dictadura militar y más que un régimen personalizado en el carisma de Somoza el Viejo. Se apoyó en el Partido Liberal, vieja formación política que viene del siglo XIX, y en la Guardia Nacional, criatura de la intervención norteamericana prolongada hasta 1933. Ambos, ejército y partido, se convierten en una organización de patronazgo, de favores y corrupción. Al establecerse un sistema fuertemente prebendario, el General se aseguró una lealtad íntima, porque como sucede en estos casos, reparte pequeños y grandes privilegios para que todos tengan la sensación de poder.

La intuición perversa de Somoza I sabía que la dominación personal encuentra en la lógica, en las prebendas desiguales, pero para todos, un recurso extenso de poder. Y lejos de ser estática, conformó una estructura de poder con momentos de apertura, o con oposición tolerada, con expresiones populistas o momentos de brutal represión. La

*Somoza y su grupo
constituyeron el más importante
sector empresarial
de Centroamérica.*

lealtad era goce de prebendas y miedo a la delación, dimensiones que sólo son posibles en una sociedad pequeña, agraria, atrasada y pobre. Rápidamente, junto al partido y el ejército, apareció la tercera dimensión del poder: el capital. Somoza y su grupo constituyeron el más importante sector empresarial de Centroamérica. Cuando fueron expropiados, en uno de los primeros actos del nuevo poder revolucionario, aproximadamente el 35% del PIB se producía en propiedades del Grupo Somoza. El país era suyo.

Este tipo de dictadura personal busca desesperadamente una legalidad que le niega su propia estructura. De ahí que no se conciben como un «régimen de excepción» sino dentro de una cuestionable legalidad, justificada por mantener el orden de la sociedad, y en este caso, frente al peligro comunista y... del Partido Conservador. Anastasio I, asesinado en 1956, dejó en herencia el poder a su hijo Luis, quien por su temprana muerte lo trasladó a su hermano, Anastasio II. ¿Una república dinástica? En 43 años de poder, los tres familiares Somoza y los gobernantes de fachada que les sirvieron en varios interinatos (Arguello, Schick, el Triunvirato de 1970) todos fueron electos, prueba fehaciente de la distancia entre legalidad y legitimidad. Weber distingue en la dominación tradicional la que es ejercida como un poder personal autónomo que opera primariamente con una base dis-

crecional, y la llama sultanismo. Aquí, los funcionarios son reclutados con base en lealtades personales, que no derivan tanto del carisma del líder sino de su habilidad para dar y quitar. Así fue Somoza I. La autoridad tradicional respeta normas y costumbres. El sultanato, no. La familia Somoza se parecía más a éste que a aquélla, pues el país era manejado como la propiedad más grande, en una confusión circular de lo público y lo privado.

La economía en este tipo de autoridad es manipulada políticamente, en medio de una ausencia de política económica global que, por ejemplo, es indispensable en un régimen totalitario. Sólo en una sociedad como la Nicaragua rural, analfabeta, despoblada (salvo la concentración humana en una pequeña zona del Pacífico), es posible gobernar con métodos sultanescos. La misma represión era primitiva, medieval, así como la economía, premoderna. Con Somoza II, después de 1968, la sociedad empezó a modernizarse y a crecer. La diferenciación social y económica originó otros métodos de control político. La dictadura dejó de ser personal para ser una dictadura militar, sin concesiones, porque la oposición fue en aumento, incluyendo grupos empresariales hartos de los monopolios del régimen.

Las dictaduras de este tipo no tienen mecanismos para una transición democrática dirigida desde dentro. No pue-

***Los tres ejes de la
revolución nicaragüense
fueron economía mixta,
democracia y no alineamiento.***

den reformarse a sí mismas, pues carecen de los mecanismos institucionales para una modificación pacífica con sectores de la oposición. Tienen que ser destruidas violentamente. Así ha sido siempre. Y eso fue lo que hizo el Frente Sandinista de Liberación Nacional, encabezando un amplísimo frente nacional antidictatorial.

La victoria guerrillera constituyó una hazaña extraordinaria por sus métodos y por la calidad de la derrota inflingida: el colapso total del viejo régimen. Lo fue también para la política exterior norteamericana, que siempre cultivó con la familia Somoza una relación especial. Ello explica, probablemente, la senil obsesión antisandinista que Reagan mantuvo durante sus ocho años. Pero la victoria es contagiosa y tuvo efectos estimulantes de orden emocional, militar y político para las guerrillas guatemalteca y salvadoreña. Ambas, con diferencia de semanas y por iniciativa propia, iniciaron sendas ofensivas a comienzos de 1980, frustradas por cierto. Con efectos fatales para la URNG y con la lección bien aprovechada para el FMLN.

Se discute si la hazaña nicaragüense fue una revolución. Sin duda, empezó siéndolo hasta que agotó su enorme energía de cambio. Hubo una sustitución violenta de la élite gobernante por una nueva generación joven, radical, inexperta, portadora de un programa revolucionario, con lo que se satisface la definición de la teoría política. Los tres ejes del proyecto revolucionario fueron la *economía mixta*, la *democracia* y el *no alineamiento*. En los tres aspectos el gobierno sandinista enfrentó obstáculos y tuvo fracasos.

No hubo alineamiento militar, pero las relaciones con Cuba y con el campo

socialista fueron crecientemente estrechas y solidarias, resultado parcial del embargo comercial norteamericano. El petróleo, la formación de recursos humanos, la ayuda material (incluyendo armamento menor) de diversa factura venían de la URSS y contribuyeron después de 1984 a sostener la desfalleciente economía nacional.

Los sandinistas tuvieron de la democracia una definición particular. La definieron en el universo de lo económico y social: escuelas, salud, vivienda para los pobres y la organización y movilización social en asuntos públicos. Por ejemplo, la participación de masas en la alfabetización, en las campañas de salud, defensa, vigilancia, abastecimiento, etcétera. Toleraron con disgusto la oposición partidaria y empresarial y la libertad de opinión, que el diario de origen conservador *La Prensa* desafió con evidente apoyo financiero externo. Cambiaron la lógica de la democracia participativa, intentada con una extensa organización popular, por la dinámica de la democracia representativa. En octubre de 1984 hubo elecciones para Asamblea Constituyente y Presidencial, que ganó el FSLN frente a una oposición dividida.

La construcción democrática se llenó de tensiones contradictorias, la agresión extranjera y las tendencias militaristas en el interior del Frente y en sus relaciones con la organización popular. Las tendencias a la concentración del poder forman parte de toda experiencia radical, estimulada en este caso por la magnitud de la amenaza militar: *la contra*, después llamada resistencia Nacional, que apareció en enero de 1981.

En la panoplia política, el sandinismo mantuvo las conductas del verticalismo, la intolerancia, la obediencia a las jerar-

quías, la disciplina ciega, es decir, los valores negativos del militarismo. Tuviron dificultades para no ser autoritarios. Se dice que la mayor contribución sandinista a la democracia fue el reconocimiento de su derrota electoral en febrero de 1990. Siendo eso cierto, hay que acreditar también a su favor la vigorización de la sociedad civil, su ejercicio de participación política en una sociedad donde nunca antes se había logrado.

Pero donde ocurrió el mayor descabro de los tres ejes del programa revolucionario fue en el intento de crear una *economía mixta* en una sociedad con un mercado débil, con un empresariado menor, asustado primero y ferozmente opositor después. Como resultado de las expropiaciones de propiedades al grupo Somoza, el Estado se encontró dueño de un importante segmento productivo. El proyecto de economía mixta imaginó la coexistencia de la gestión estatal junto al sector privado. De hecho, la cohabitación fue difícil desde el comienzo y se volvió imposible después. La reforma agraria, aplicada en dos momentos sucesivos, entregó tierra a un 25% de campesinos, incluida tierra expropiada a enemigos políticos. La economía nicaragüense entró rápidamente en crisis y desembocó en una aguda descomposición después de 1986.

El programa revolucionario sandinista no tuvo nunca posibilidades de satisfacerse, aun cuando su contenido

***Los sandinistas lograron
que por primera vez
la sociedad civil
participara políticamente.***

*Nunca había crecido
en Centroamérica una
generación que vive en paz,
sin dictaduras ni autoritarismos.*

ya no tenía ningún propósito socialista. Descontado el lenguaje radical, el gesto aleroso, el gusto por las amenazas de los Nueve y de sus cuadros medios, la dirigencia sandinista se habría conformado con implantar un capitalismo moderno. La sociedad nica, los dirigentes políticos y el momento internacional lo volvieron imposible. Su total fracaso aleccionó acerca de los límites de la modernización estructural cuando este proyecto se formula sin la cooperación de la burguesía nacional e internacional, porque entonces parece como si se hiciera en contra de esos intereses.

Nicaragua no tuvo a su favor ningún factor; era una sociedad postrada por los años de la lucha antisomocista. En julio del 79 encontraron un país en bancarrota, luego castigado, como todos los países de la región, por la crisis de la deuda externa. Lo peor fue la agresión mercenaria que tuvo éxito porque se propuso desgastar al régimen, desacreditarlo y lo logró. Júzguese la magnificencia del Congreso norteamericano que otorgó 100 millones de dólares en junio de 1986 para sostener a 15.000 hombres luchando. Años después, Violeta Chamorro sólo recibió 80 millones para la reconstrucción del país. En las condiciones que impuso «la guerra de baja intensidad» ni la democracia, ni la economía mixta, ni el no alineamiento podían ser metas, banderas, propósitos.

En ese remolino descendente, la revolución se extravió. No es posible señalar fechas, pero a la mitad de la década la inviabilidad era evidente. La política y la acción del Estado encontraron pronto los límites que les impuso la economía en crisis y la sociedad entera entró en una vorágine de descomposición. Con una inflación de 36.000% y un 60% de desocupados, la estrategia realista fue la sobrevivencia terminal. El realismo, que es conciencia de lo posible, volvió la política económica más brutal que las recetas del FMI. Así, en los hechos, el sandinismo se negó a sí mismo. La realidad se vengó de quienes quisieron quebrantar su íntimo sentido. En marzo de 1989, olvidando rencores, firmaron en Sapoá un trueque inevitable, su compromiso de hacer elecciones en el menor plazo, a cambio del desarme de los mercenarios.

¿Puede argüirse que la historia puede ser cruel? Ciertamente la dolorosa experiencia nicaragüense no tiene límites. En ningún país del mundo un proyecto revolucionario se juega a los votos. Normalmente, una elección sirve para disputar *dentro del sistema* el recambio de gobernantes. En marzo de 1990 fue puesta en la competencia del sufragio el destino del sistema mismo. Lo dicho, la derrota electoral del FMLN inicia el fin del amplio ciclo anticapitalista, que luego la insurgencia salvadoreña y guatemalteca ratifican, sucesivamente, al acordar el fin de los conflictos. Que es como afirmar su inutilidad.

Colofón

En estos 25 años, muchas cosas cambiaron en Centroamérica. La valoración analítica de cuanto sucedió es aún divergente. Pero el tema no es quiénes son los ganadores. En esta región, todos

perdimos. ¿Qué cambió, qué cosas permanecen, cuál es el sentido último de lo nuevo? En general, los militares se desacreditaron y se han reducido hasta un 15% en Nicaragua, un 50% en El Salvador, un 33% en Guatemala. La oligarquía, los dueños de la tierra, experimentaron reformas drásticas en los dos primeros y están teniendo, como ya sucedió en América Latina, una muerte política. Ahora hay un importante proceso de desarrollo democrático, elecciones libres, competencia partidaria, activación de la sociedad civil. El clima político favorece a los partidos de derecha, que vienen ganando todas las elecciones, incluido en El Salvador, donde recientemente el FMLN se anotó un buen triunfo. De la crisis de estos años, el Estado salió aún más debilitado frente a una burguesía que no quiere pagar impuestos. La crisis fiscal, la inopia del sector público, complica la construcción de la paz. En el interior de la prepotencia del mercado, los ganadores son los banqueros y los dueños del capital especulativo.

Acaba de ver la luz pública el nuevo *Informe de Desarrollo Humano 1997*, del PNUD, donde aparece que la región centroamericana (salvo Costa Rica) continúa retrocediendo en los índices básicos de bienestar, medidos no sólo en lo que se llama pobreza de ingreso sino pobreza de desarrollo humano. Es decir, hay ahora más pobres y se generalizó el malestar. Las bases de la construcción democrática son endebles. Pero hay un cierto optimismo porque por vez primera, en cuatro países de la región, hay una generación que está viviendo una condición de paz, sin dictaduras ni autoritarismos. Una experiencia nueva que tal vez alimente un poco de esperanza. No obstante, una interrogante maldita nos quita el sueño: una estela de dolor y sacrificio fue la contribución de aquellos en cuyo nombre la guerrilla se alzó contra el orden establecido. ¿Valió la pena, para dejar en el camino 300.000 muertos, un millón de refugiados y 100.000 huérfanos?

© Nueva Sociedad